

KLEIST

ROBERT GUISCARD DUQUE DE LOS NORMANDOS

■ FRAGMENTO

PERSONAJES

ROBERT GUISCARD, Duque de los Normandos
 ROBERT, su hijo } Príncipes Normandos
 ABELARD, su sobrino }
 CECILIA, Duquesa de los Normandos, esposa de Guiscard

HELENA, Emperatriz viuda de Grecia, hija de Guiscard y prometida de Abelard

UN ANCIANO
 UNA COMISION DE GUERREROS } de los Normandos
 EL PUEBLO

ESCENARIO: Cipreses ante una colina, sobre la cual se alza la tienda de Guiscard, en el campamento de los normandos frente a Constantinopla. En la explanada arden algunas hogueras, que de tiempo en tiempo son alimentadas con incienso y otras hierbas fuertemente aromáticas. Al fondo, la flota.

PRIMERA ESCENA

Una comisión de normandos entra, solemnemente, con atuendos de guerra. Es acompañada por el pueblo, integrado por personas de diferentes edades y sexos.

EL PUEBLO (*moviéndose con inquietud*).

¡Con ferviente bendición, oh dignos padres,
 os escoltamos a la tienda de Guiscard!
 ¡Os encabeza un querubín, de la diestra de Dios,
 ahora que vais a conmover la roca
 a la que, levantada con temor, la ola del ejército entero
 en vano rodea de espuma! ¡Arrojadle una espada
 flamígera y que se nos abra un camino
 que de los horrores
 de este espantoso campamento nos conduzca!
 ¡Si presto no nos arranca de la peste
 que, terrible, el infierno nos envía,
 para el cadáver de su pueblo emergerá del mar
 esta tierra cual túmulo mortuario!
 ¡Con largos y horrorosos pasos
 recorre los contingentes asustados,

y exhala de sus hinchados labios
 sobre sus rostros el venenoso aliento de su pecho!
 ¡Donde quiera que sus pasos se dirigen,
 caballo y jinete, tras ella, como cenizas se derrumban,
 y el amigo se aparta del amigo, la novia del novio,
 hasta la madre es ahuyentada de su hijo!
 ¡Tendida sobre el costado de una loma,
 se la escucha clamar desde el lejano páramo,
 donde aletean horribles aves de rapiña,
 y a semejanza de nubes, oscureciendo el día,
 se avalanza, belicosa, sobre los desvalidos!
 ¡También a él, al intrépido-obstinado,
 lo alcanzará el monstruo al final, y si no cesa,
 no conquistará en esa ciudad imperial
 más que una espléndida lápida!
 ¡Y en lugar de la bendición de nuestros hijos,
 la monstruosidad de su maldición se posará sobre ella,
 y lanzando imprecaciones de su metálico pecho
 al perdedor de sus padres,
 con córneas garras, insolente,
 de la tierra excavará la plateada osamenta!

SEGUNDA ESCENA

Entra un anciano. Los mismos.

UN GUERRERO. Ven aquí, Armin, te lo pido.

OTRO. Esto es un clamor,
 que azotado por la tormenta del miedo, levanta espuma
 igual que el mar abierto.

UN TERCERO. ¡Pon orden aquí,
 que arrasarán la tienda de Guiscard!

EL ANCIANO (*al Pueblo*).

¡Fuera de aquí con quien no sea de utilidad!
 ¿A qué vienen aquí mujeres y niños? La Comisión,
 los doce acreditados se precisan, nadie más.

UN NORMANDO (*del Pueblo*).

Permítenos.

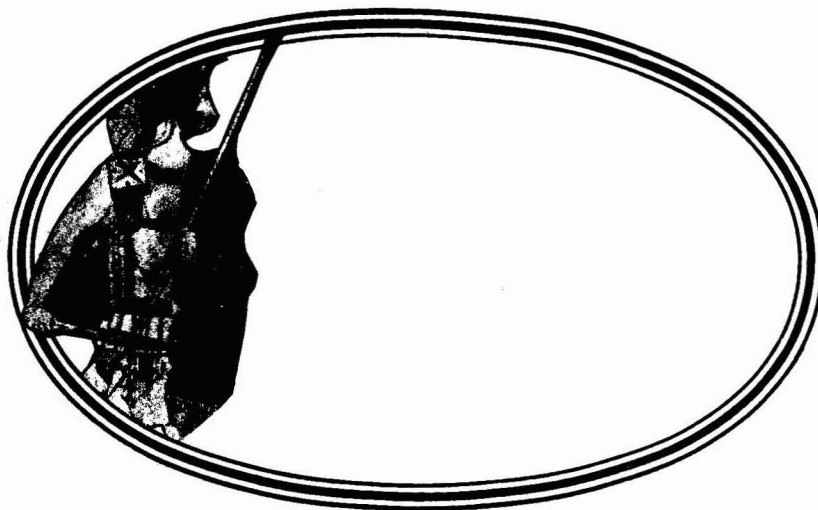
UNA MUJER. Déjanos lamentar.

EL ANCIANO. ¡Fuera, he dicho!

¿Queréis acaso, como me parecéis dispuestos,
 levantar la rebelión en contra suya?

¿He de hablar con Guiscard? ¿Lo queréis?

EL NORMANDO. ¡Tú, digno anciano, llevarás la voz,
 sólo tú, y nadie más. Pero si él,
 el incommovible, no escuchara, enciende
 el clamor de todo este pueblo, enciéndelo,
 cual broncea bocina, que atueña
 a sus oídos, cuál sea su deber!



Hemos sufrido todo lo que un pueblo puede soportar.

EL PRIMER QUERRERO. ¡Mirad, oíd!

EL SEGUNDO. La tienda de Guiscard se abre.

EL TERCERO. ¡Mirad, la emperatriz de Grecia!

EL PRIMERO. Esto es lo que yo llamo, amigos, una casualidad afortunada.

Ahora mismo se planteará la petición.

TERCERA ESCENA

Entra Helena. Los mismos.

ELENA. ¡Oh, hijos! , pueblo del mejor padre,
que de las colinas estruendoso desciende,
¿Qué os trae con tantas voces —si apenas
al Oriente el nuevo día se anuncia—
hasta los cipreses de esta tienda?
¿Habéis olvidado el estricto precepto de la guerra,
que prescribe silencio en la noche, o desconocéis
la costumbre guerrera, y una mujer
deberá enseñaros la forma de aproximarse al puesto
donde la osada estrategia es ideada?
¿Es éste, oh poderes eternos, el amor
que de vuestros labios constantemente emana,
y que sobresaltado despierta el padre, anciano, magno,
—con el fragor de las armas y el ruidoso llamado de su
nombre—
de los brazos del sueño que lo arrulla
hace apenas una hora matutina?
El, que, como sabéis, pasara en pleno campo infectado.
tres sudorosas noches,
luchando furioso contra la destrucción,
que en torno nuestro penetra por todas partes.
Imperioso en verdad, sea lo que fuere,
es lo que os trae aquí y he de escucharlo;
ya que hombres de vuestra casta
dan siempre que pensar cuando algo emprenden.

EL ANCIANO. ¡Has de perdonarnos, noble hija de Guiscard!
Si esta Comisión, acompañada por el Pueblo,
se aproximó más ruidosa de lo debido,
ello aflige mi corazón; mas considera:
no creímos que Guiscard durmiera todavía.
El sol se encuentra, observa sobre nuestra cabeza
y desde que se tiene memoria, el normando siempre ha erguido
su cabeza
horas antes que el astro, tú lo sabes.
La necesidad, insoportable por más tiempo, nos conduce
a esta explanada, a estrechar sus rodillas
implorando salvación;

pero si el sueño, como dices,
retiene en sus brazos todavía, a quien el esfuerzo infinito
postrara exhausto en su lecho,
respetuosos aguardaremos en silencio,
orando por su serenidad,
el tiempo necesario hasta que la luz salude.

HELENA. Amigos, ¿no preferiríais volver?

Un pueblo reunido en tan gran número
es semejante a un mar, y aun en reposo,
el murmullo de su oleaje permanece.
Con solemnidad, tal como estáis, formaos
bajo los pabellones de vuestro campamento:
que tan pronto como el padre abra los ojos,
a mi propio hijo os enviaré a comunicarlo.

EL ANCIANO. ¡Permítenos, carísima! Si para alejarnos
no te determina algún otro motivo inconfesado
el descanso de tu padre no debe preocuparte.

Mira, el brillo de tu rostro
nos ha tranquilizado. En el mar,
desaparecido el alegre corrillo de los vientos,
los estandartes penden de los mástiles,
y la nave es arrastrada por el cable:
es más agradable al oído que nosotros.
Concedenos aguardar en este sitio
a que Guiscard despierte de su sueño.

HELENA. Bien, amigos, así sea. Y si no me equivoco,
ya escucho sus pasos en la tienda. (*sale*)

CUARTA ESCENA

Los mismos. Sin Helena.

EL ANCIANO. ¡Qué extraño!

EL PRIMER GUERRERO. Ahora escucha sus pasos en la tienda,
y hace un momento él dormía profundamente.

EL SEGUNDO. Parecía querer deshacerse de nosotros.

EL TERCERO. Sí, por Dios, lo mismo digo.

Acariciaba ese deseo, hablando con rodeos.

Me hizo recordar el dicho de que se le quemaban las habas.

AL ANCIANO. Y sin embargo, parecía querer que nos aproximáramos.

QUINTA ESCENA

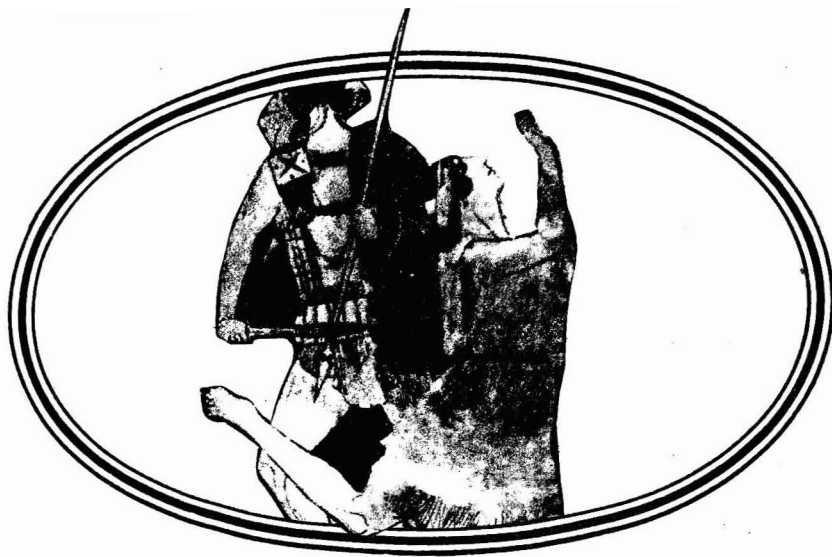
Entra un normando. Los mismos.

UN NORMANDO (*haciendo señas al Anciano*).

¡Armin!

EL ANCIANO. ¡Salve Franz! ¿Qué ocurre?

EL NORMANDO (*al Primer Guerrero, lo mismo*). ¡Marin!



EL PRIMER GUERRERO.

¿Traes alguna nueva?

EL NORMANDO. Un saludo de casa.

Llegó un viajero de Calabria.

EL ANCIANO. ¿Ah, sí? ¿De Nápoles?

EL PRIMER GUERRERO. —¿Qué ves tan perturbado?

EL NORMANDO (*Tomándolos a ambos de la mano*).

¿Perturbado? ¿Estáis locos? Estoy complacido.

EL ANCIANO.

Tus labios están pálidos. ¿Qué te sucede? ¡Habla!

EL NORMANDO (*una vez que ha vuelto la mirada*).

Escuchad. Pero a lo que escuchéis no replicaréis con gestos, mucho menos con palabras.

EL ANCIANO. Estás terrible, hombre. ¿Qué ha pasado?

EL NORMANDO (*en voz alta, al Pueblo; que lo observa*).

Bien, como sea. ¿Vendrá el duque, amigos?

UNO (*de la multitud*)

Sí, lo esperamos.

OTRO. La emperatriz lo llamará.

EL NORMANDO (*enigmático, mientras los hace pasar a ambos al frente*).

Hacía yo la ronda, a eso de medianoche,
a la entrada de la tienda de Guiscard,
cuando de pronto alguien comienza a gemir lastimosamente
ahí dentro, a quejarse como un león enfermo que exhalara
su alma. En seguida se inicia
una intensa y angustiosa actividad. La duquesa misma
despierta a un criado, el cual, presuroso,
enciende las velas y sale, después,
precipitadamente de la tienda. A su llamado acude,
vertiginosa, toda la parentela terriblemente perturbada.
La emperatriz, en ropa de dormir, llevando de la mano
a los dos príncipes; el sobrino del duque,
apresuradamente cubierto con un abrigo;
el hijo casi en mangas de camisa; por último
el criado, con un embozado, que,
a mi pregunta, se dice caballero.
Sólo que, vestido de mujer,
tanto o más pasaría yo por doncella;
porque abrigo, botas, casco y todo
le venían como a una percha al tipo.
Presa de presentimientos, lo tomo
por la manga, vuelvo su rostro
a la luz de la luna y descubro —¿a quién?
al médico de cámara del duque, a Jeronimus.

EL ANCIANO. ¿Qué, al médico de cámara?

EL PRIMER GUERRERO. ¡Oh, inmortales!

EL ANCIANO. ¿Y así,

crees tú que esté indipuesto, acaso enfermo?

EL PRIMER GUERRERO. ¿Enfermo? ¡Contagiado!

EL ANCIANO (*mientras le tapa la boca*).

¡Deberías enmudecer!

EL NORMANDO (*tras una pausa, aterrorizado*).

Yo no lo dije. Lo pongo a consideración.

(*Robert y Abelard, hablando entre sí, aparecen a la entrada de la tienda.*)

EL PRIMER GUERRERO.

¡La tienda se abre! ¡Ahí vienen los dos príncipes!

SEXTA ESCENA

Entran Robert y Abelard. Los mismos.

ROBERT (*Mientras camina hacia el borde de la colina*).

Quien encabece a esta multitud,
como su portavoz, que pase al frente.

EL ANCIANO. Soy yo.

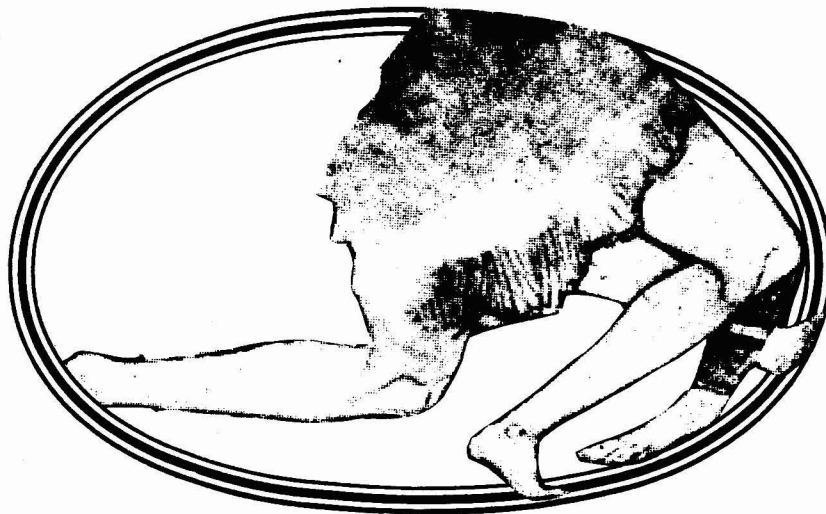
ROBERT. ¡Eres tú! ¡Es más joven tu espíritu que tu cabeza,
y toda tu sabiduría prende de los cabellos!

Tu edad te respalda, oh centenario,
que de otro modo no escaparías sin escarmiento
de la presencia de tu príncipe.

Pues tu imprudencia es propia de un muchacho,
y no pareces, por cierto, el buen amigo de la casa,
que alguna vez cuidara la cuna de Guiscard,
al prestarte a conducir esta chusma,
que con armas desenvainadas, clara muestra de insurrección,
vaga por el campamento, al decir de mi hermana,
y con estentóreas maldiciones,
capaces de sobresaltarlo de la tumba,
reclama de su tienda al comandante.

¿Es verdad? ¿Qué debo pensar? ¿Qué concluir? ¡Habla!

EL ANCIANO. Verdad es que al comandante reclamamos;
pero que lo hagamos atronando maldiciones,
no te lo ha dicho tu hermana,
que hasta donde yo recuerdo,
benévola ha sido con nosotros, como veraz contigo.
A mi edad tú no sabrías cómo honrar al comandante,
pero ciertamente que a la tuya yo sabía qué es un guerrero.
Vé con tu padre y escucha,
si te interesa saberlo, cómo se habla conmigo;
que si yo al hablar olvidara lo que tú
me mereces, avergonzado lo indagaría
con mis bisnietos; porque ellos,
en pañales, de mí lo han aprendido.
Con humildad, señor, como es costumbre
inmemorial en el ejército normando,



hemos pedido que Guiscard se digne comparecer ante nosotros.
Y no sería primera vez, que nos concediera
esa gracia, lo sería en cambio
que como tú nos la negara.

ROBERT. Te escucho confirmar, cano insensato,
lo que tu alocución pretende refutar.
Pues la insolencia de un muchacho no sería
más atrevida que tu carácter salvaje.
Has de aprender, sin embargo, todavía,
lo que es obedecer, y que yo puedo



enseñarte, lo escucharás ahora.
Ante mi amonestación, sin que mediara réplica,
debiste desalojar a la gente de este sitio.
Esa era la única respuesta que cabía;
y si ahora te ordeno que te vayas,
así lo harás, espero, por propia convicción,
en el acto, en silencio.

¡Hazlo ahora!

ABELARD. Con la cólera y las órdenes te muestras,
más pródigo de lo que tu padre enseña;
y no me extraña que reciba la gente
con frialdad tus ardientes injurias;
pues las comparo a los ruidos cotidianos,
que nadie escucha por oírlos siempre.
¡Nada de reproable encuentro
en lo ocurrido hasta el momento!
Que osado fuera el discurso del anciano,
y que orgulloso fuera, es explicable,
puesto que dos generaciones lo han honrado,
y al encontrarse a un palmo de la tumba
no debía de ofenderlo un miembro de otra tercera.
Si este atrevido pueblo que te molesta fuera mío,
no lo querría yo de otra forma sino así, atrevido,
ya que su libertad es la esposa del normando,
y sagrada consideraría yo a la pareja
que en el tálamo me procreara la gloria en el combate.
Bien lo sabe Guiscard a quien halaga,
que el guerrero con su melena retoce;
es sólo el lampiño cuello de su hijo,
que se sacude a quien apenas se acerca.
¿Crees acaso, que te muestras tan altivo,
que la corona normanda no te puede ser rehusada?
Mediante el amor, escucha, tendrás que saber ganarla,
¡el amor puede otorgarte lo que el derecho no puede!
Sólo que de Guiscard ninguna chispa conservas,
y por lo menos tal nombre* nunca podrás ostentar;
pues en la hora en que de astucia se precisa,
injurioso abofeteas el rostro a quienes
elevarte podrían a la cima de la gloria.
Pero del todo abandonado no se encuentra
y sin amigos el ejército normando,
y si tú no has de serlo, yo lo seré gustoso.
Es fácil oír lo que anhela el suplicante,
no lo es conceder, pero sí lo es escuchar:
y si tu voz de mando los dispersa,
¡la mía, en cambio, reclama que se queden!
¿Lo habéis oído? Asumiré la responsabilidad ante Guiscard.
ROBERT (*intencionadamente, a media voz*).

* Guiscard significa "el Astuto"; apodo que los normandos dieron al duque.



¡Ahora te reconozco, y lo agradezco,
como a mi espíritu maligno! —Tu juego, empero,
a pesar de la habilidad con que lo llevas, no ha triunfado
todavía.

¿Quieres ver un ejemplo, de lo seguro del mío,
y de que no importa la forma en que estén echadas las cartas?

ABELARD. ¿Qué es lo que quieres?

ROBERT. Fíjate ahora. Comprenderás en seguida.

(Se dirige al pueblo)

Hijos de Guiscard, que mi palabra expulsa,
y que la suya, adulatora, pretende retener,
¡os convoco a juzgar vosotros mismos!
Habréis de decidir entre él y yo,
y transgredir uno de los dos mandatos,
y no voy a agregar, cobardemente, una palabra más:
Hijo del soberano, por la gracia de Dios,
soy un príncipe por el azar forjado,
que sólo quiere poner a prueba lo inaudito,
probar si su voz tiene más peso
en la balanza de vuestras almas que la mía.

ABELARD. ¿Hijo del soberano? — ¡Lo soy tanto como tú!

¡Mi padre se sentó al trono antes que el tuyo!

Lo hizo con su reputación, con más derecho:

y más próximo me resulta el Pueblo,

a mí, el hijo de Otto, por derecho hereditario coronado,

que a ti —hijo tan sólo del tutor,

por él nombrado para administrar mi reino.—**

En fin, me parece bien lo que tú quieres.

Elegid, vosotros, entre ambos.

De acuerdo con mi autorización podéis quedaros,
y si queréis, hablad conmigo como si fuera el propio Otto.

EL ANCIANO. Te muestras, señor, digno de tu padre,

y, en verdad, nuestro augusto príncipe, tu tío,

se regocijaría en la hora de su muerte,

de haber tenido un hijo como tú.

¡Tu aspecto me hace rejuvenecer maravillosamente,

Ya que análogo en figura, habla y modales,

y al igual que tú, como amigo del Pueblo,

a la muerte de Otto, venerado por el Pueblo,

magnífico se presentó Guiscard ante nosotros!

¡Que se derramen sobre ti las bendiciones

que a los bienaventurados entre nubes envuelven,

y hagan crecer la planta de tu felicidad!

¡Deja que el sol de la gracia de tu tío

te ilumine siempre como hasta ahora:

que no importa el terreno en que germine,

no dudes, oh señor, que crecerá!

Pero para lograrlo, perdona, no precisa,

de un abono cuyas virtudes son inciertas;
el campo debe permanecer puro en lo posible.
En muchas otras contiendas vencerías,
pero en ésta, señor, vas a la zaga;
y como tu voz es puramente permisiva,
y la de él, en cambio, prescriptiva, tendrás que conceder
que a la más imperiosa obedezcamos.

(A Robert, fríamente)

No vamos a oponernos, si ordenas que nos marchemos:

¡Eres el hijo de Guiscard y es suficiente!

Dínos si podremos regresar, dínos,

y cuándo, y conduciré de aquí a esta gente.

ROBERT (ocultando su turbación).

Regresad mañana. —O quizá hoy, amigos,

acaso a medio día, si el tiempo lo permite.

Muy bien, así será. Un asunto de gravedad retiene

ahora a Guiscard por una hora;

si al terminar quiere hablar con vosotros,

pues bien, yo mismo iré a llamaros.

ABELARD. ¡Tratas al ejército como a una mujer

embarazada, a quien nadie debe asustar!

¿Por qué ocultas la verdad? ¿Temes

al parto?

(Dirigiéndose al Pueblo)

Guiscard se siente enfermo.

EL ANCIANO (asustado).

Por el Dios del Cielo y de la Tierra,

¿tiene la peste?

ABELARD. Eso no. No tengo temor al respecto.

Aunque el médico ha expresado su preocupación: sí.

ROBERT. ¡Que del cielo despejado un rayo

te paralice la lengua, traidor!

(Entra en la tienda)

SEPTIMA ESCENA

Los mismos, sin Robert.

UNA VOZ (del Pueblo).

¡Oh ejércitos celestiales, criaturas aladas,
asistidnos!

OTRA. ¡El Pueblo está perdido!

UNA TERCERA. ¡Perdido irremisiblemente sin Guiscard!

UNA CUARTA. ¡Perdido sin posibilidad de salvación!

UNA QUINTA.

¡Sin esperanza,

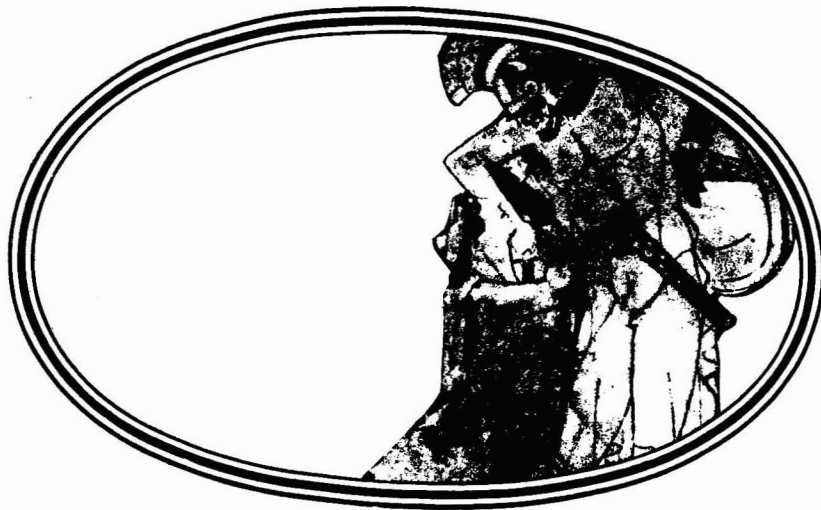
en esta Grecia rodeada por el mar!

EL ANCIANO (a Abelard, con las manos levantadas).

¡No habla! ¿Es verdad? — ¡Tú, mensajero del desastre!

¿En verdad lo ha contagiado el espantajo?

** Guillermo de Normandía, fundador del Estado Normando en Italia, tuvo tres hermanos, los cuales, por falta de descendencia, se sucedieron en el gobierno. Abelard, hijo del tercero, era, a su muerte, un niño; debió haber sido designado regente; sin embargo, Guiscard, el cuarto de los hermanos, fue nombrado tutor por el tercero. Bien sea por la sucesión entre los hermanos o porque el pueblo lo amaba, fue coronado, y los medios empleados al efecto, olvidados. Es decir, que Guiscard era duque hacía treinta años y Robert era reconocido como heredero del trono. Estas circunstancias, por lo menos, subyacen aquí.



ABELARD (*mientras desciende de la colina*).

Os lo he dicho, cierto no lo es aún.

Al no haber otro síntoma seguro,
que la súbita muerte, ha de negarlo,
lo conocéis, lo negará al morir.

Empero el médico, la madre, la hija,
el propio hijo, lo habéis visto, no dudan.



EL ANCIANO. ¿Se siente sin fuerzas, señor? Ese es un signo.

EL PRIMER GUERRERO. ¿Se siente arder internamente?

EL SEGUNDO.

¿Y sed?

EL ANCIANO. ¿Se siente sin fuerzas? Responde a esto primero.

ABELARD. Precisamente, cuando yacía sobre la alfombra,

Me acerqué y le dije: ¿Guiscard, cómo te sientes?

A lo cual respondió: "es tolerable,
aunque quisiera invocar a los gigantes
para mover esta pequeña mano.

Deja, que refrescas al Etna", dijo,

cuando de lejos, la duquesa,

con una pluma de garza abanicaba su pecho.

Y cuando la emperatriz, con los ojos llorosos,

le llevó una copa y preguntó

si quería beber, él respondió:

"¡Los Dardanelos, querida!" y bebió.

EL ANCIANO. ¡Qué horror!

ABELARD. Ello no impide, sin embargo,
que como un tigre agazapado, desde su tienda abierta,
contemple constantemente aquella almena imperial,
que resplandece al fondo.

Se ve tranquilo, con el mapa en la mano,
madurando en su pecho decisiones colosales,
como si su vida en este momento comenzara.

A Nessus y Loxias, los príncipes griegos,
y decididos, como sabéis, salvo en *un* punto

a entregarle secretamente las llaves,

—*un* punto, digo, que hasta ahora, ha rechazado

con digna obstinación—

envió hoy un emisario,

con la misiva que le concede.***

En suma, si la noche lo encuentra con vida,

presenciaréis el cumplimiento del delirio,

y todavía habrá de ordenar una carga;

ya preguntó al hijo, a quien la perspectiva seduce,

lo que de tal empresa opina.

EL ANCIANO. ¡Si tan sólo lo quisiera!

EL PRIMER GUERRERO.

¡Si pudiéramos seguirlo!

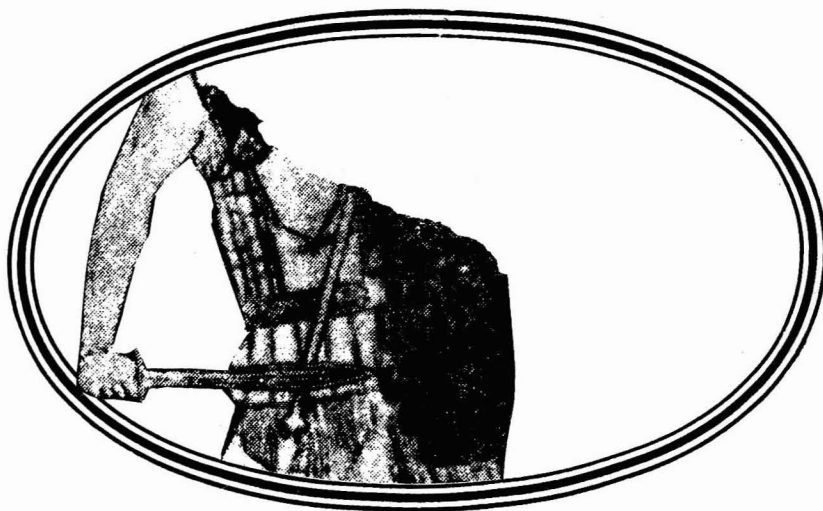
EL SEGUNDO GUERRERO. ¡Que por mucho tiempo nos con-
duzca el héroe todavía, a la batalla, a la victoria y a la
muerte!

ABELARD.

¡Lo mismo digo!

¡Sólo que antes avanzaría la bota de Guiscard
sobre Bizancio, antes su guante llamaría
a sus férreas puertas, antes la orgullosa almena
se inclinaría ante su camisa, antes
que este *hijo*, si Guiscard faltara,
arrancara a ese rebelde, Alexius, la corona!

*** Tal punto consistía (según se demostraría más tarde) en el requisito de los traidores de Constantinopla, de que no fuera la emperatriz de Grecia, *destituida por Alexius Komnenes*, la que tomara la corona a nombre de sus hijos, sino el propio Guiscard.



OCTAVA ESCENA

Robert regresa de la tienda. Los mismos.

ROBERT. Normandos, escuchad. ¡Guiscard ha terminado su asunto, aparecerá en seguida!

ABELARD (*aterrorizado*).

¿Aparecerá? ¡Es imposible!

ROBERT.

ahora descubriré el velo de tu deformidad!

(*Regresa a la tienda*)

¡Corazón adulator

NOVENA ESCENA

Los mismos, sin Robert.

EL ANCIANO. ¡Oh, Abelard! ¿Qué has hecho?

ABELARD (*pálido*).

¡He dicho la verdad, y esta cabeza doy en prenda a la venganza, si os engañé!

Cuando salí de la tienda, Guiscard yacía postrado, y no parecía regir uno solo de sus miembros. Pero su espíritu se sobrepone al destino y a sí mismo, ¡nada nuevo os digo!

UN MUCHACHO (*subido a la mitad de la colina*).

¡Mirad aquí! ¡Ya se abre la tienda!

EL ANCIANO. Querido niño, ¿puedes verlo?

Dime, ¿lo ves?

EL MUCHACHO. ¡Sí lo veo, padre!

¡Lo veo con claridad al centro de la tienda!

¡En torno al alto pecho la armadura coloca!

¡Y entre los anchos hombros la cadena de la gracia!

¡Al dilatado arco de la cabeza ajusta, vigoroso, el alto, poderoso y pandeante yelmo!

Y ahora, ¡mirad, mirad acá! ¡Helo aquí!

DECIMA ESCENA

Aparece Guiscard, seguido de la Duquesa, Helena, Robert y séquito. Los mismos.

EL PUEBLO (*jubiloso*).

¡Victoria! ¡Es él! ¡Es Guiscard! ¡Viva!

(*Algunos gorros vuelan por los aires*)

EL ANCIANO (*todavía durante los gritos de júbilo*)

¡Oh Guiscard! ¡Te saludamos, oh príncipe!

Como si de las alturas celestiales descendieras a nosotros!

¡Pues te creíamos ya en las estrellas! —

GUISCARD (*con la mano en alto*)

¿Dónde está el príncipe, mi sobrino?

(*Silencio general*)

Colócate atrás de mí.

(*El príncipe, que se había mezclado entre el pueblo, sube a la colina y se coloca detrás de Guiscard, mientras la mirada de éste lo sigue fijamente*)..

Permanecerás aquí, en silencio, — ¿me comprendes?

—Después hablaré contigo en privado.

(*Se dirige al Anciano*)

¿Armin, eres tú el portavoz de esta gente?

EL ANCIANO. ¡Yo lo soy, señor!

GUISCARD (*a la Comisión*). ¡Mirad, que al oír esto

en la tienda, oh Pueblo, quedé vivamente sorprendido!

Pues no son los peores hombres los que encuentro ante mí,

y no es insignificante lo que traéis,

y no habré de escuchar por boca de un tercero,

lo que con tal urgencia os ha traído ante mí:

¡Infórmame, viejo muchacho, hazlo de prisa!

¿Se trata de una nueva carencia? ¿O de un deseo?

¿Y cómo puedo ayudar? ¿O consolar? ¡Habla!

EL ANCIANO. Un deseo, venerable duque, nos conduce,

pero a ello no se debe, como seguramente imaginas,

el ímpetu con que te solicitamos,

y tu clemencia nos avergonzaría,

si tal cosa creyeras de la multitud.

El júbilo, cuando saliste de la tienda,

fue suscitado, créelo, por algo bien distinto:

no por la mera alegría de volver a verte;

sino por la errónea creencia, ¡oh venerado!

de que jamás volveríamos a ver tu rostro;

por nada menos que el rumor insano,

que ahora te confiaré abiertamente:

creímos, Guiscard, que estabas infectado por la peste.

GUISCARD (*sonriente*).

¡Infectado por la peste! ¿Habéis enloquecido?

¿Acaso luzco como alguien que padeciera la peste?

¿Yo, el que lleno de vida comparece ante vosotros?

¿El que tiene pleno dominio de sus miembros?

¿Cuya clara voz desde el pecho abierto,

os envuelve cual tañido de campanas?

Esto no puede hacerlo el contagiado.

¿Queréis acaso, saludable como estoy,

arrastrarme al campo con los putrefactos?

¡Por un demonio, no! Yo me resisto.

No me depositarán en una tumba de este campamento:

¡voy a detenerme en Estambul, no antes!

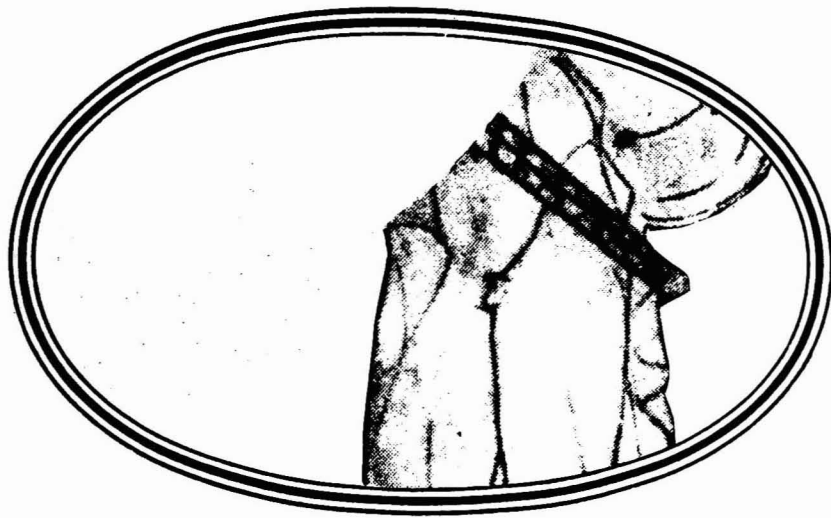
EL ANCIANO. ¡Oh, amado príncipe! Tus serenas palabras nos

devuelven una vida a la que habíamos renunciado.

Si pudiera no existir una tumba para ti,

¡inmortal serías, señor!

¡Inmortal como lo son tus hazañas!



GUISCARD. Por cierto que justamente este día no me siento tan animado como de costumbre: pero indisposición no quiero llamar a esto, ¡y mucho menos peste! Pues no es más que una simple molestia debida al esfuerzo que realicé por mi fiel ejército durante los últimos días.

EL ANCIANO. ¿Quieres decir...?

GUISCARD (*interrumpiéndolo*).

¡No vale la pena, he dicho!

¡A esta vieja cabeza, como sabéis, jamás le ha dolido un cabello!

Mi cuerpo se sobrepone a cualquier enfermedad. Y aunque se tratara de la peste, lo aseguro, en estos huesos roería su destrucción.

EL ANCIANO. ¡Si por lo menos a partir de ahora dejaras por cuenta nuestra a los enfermos!

No hay uno, ¡oh Guiscard! entre ellos, que no prefiriera yacer desamparado, expuesto a todos los males, moribundo, a recibir auxilio de ti, ¡oh único!

¡oh eternamente insustituible!, por el intenso y permanente temor de premiarte con la más horrible de las muertes.

GUISCARD. ¡Oh pueblo, con frecuencia he repetido,

¡y de cuándo acá no vale mi palabra? que no es por imprudencia que no temo el contacto con los enfermos, ni casualidad que impune ello se cumpla! Ello tiene su propia explicación; en suma: ahorraos el temor por mí.

¡Al asunto!

¿Qué es lo que quieres? ¡Di, sé breve y conciso! Otras tareas me reclaman en la tienda.

EL ANCIANO (*Tras una breve pausa*)

Tú lo sabes, señor, lo sientes igual que nosotros,

¡Ah, sobre quién pesa tanto la necesidad?

En el momento decisivo, al...

(*Guiscard se vuelve, el Anciano se detiene*)

LA DUQUESA (*en voz baja*)

¿Quieres?

ROBERT. ¿Deseas?

ABELARD. ¿Te sientes mal?

LA DUQUESA. ¡Dios santo!

ABELARD. ¿Qué sucede?

ROBERT. ¿Qué tienes?

LA DUQUESA. ¡Guiscard! ¡Di algo!

(*La emperatriz arrima un gran tambor del ejército y lo coloca detrás de él*)

GUISCARD (*dejándose caer suavemente, a media voz*):

¡Hija querida!

¿Qué sucede, pues, Armin?

Declara tu asunto y déjalo fluir

libremente, ¡que no me gustan las palabras cobardes!

(*El Anciano, pensativo, inclina la cabeza*)

UNA VOZ (*del Pueblo*)

Bueno, ¡qué espera!

OTRA. ¡Habla, viejo!

EL ANCIANO (*concentrado*). ¡Tú lo sabes, señor, y mejor que nadie!

Pues, ¿sobre quién oprime más la manos del destino?

¡A tu vertiginoso paso, con el pecho inflamado, hacia la novia, a quien los brazos, para la boda, ya extiendes,

se interpone, oh prometido de la Victoria,

la plaga, horriblemente, en tu camino!

Y aunque tú sigues inmune, como dices,

tu pueblo, la sangre de tus venas,

está envenenado, incapaz de más hazañas,

y como pinos que azotara un vendaval, a diario

caen las cabezas de tus fieles en el polvo.

El abatido no puede incorporarse

y donde cae, cae en la tumba.

Se resiste y con indescriptible esfuerzo

se levanta: ¡en vano!

Los emponzoñados huesos se le quiebran

y de nuevo se hunde en la tumba.

En la terrible confusión de sus sentidos

que lo aflige al final, se le ve rechinar

horriblemente los dientes contra Dios y los hombres,

contra el amigo, hermano, padre, madre e hijos,

contra la propia amada, que se aproxima, furibundo.

LA DUQUESA (*mientras se apoya en el pecho de su hija*)

¡Oh Cielo!

HELENA. ¡Mi muy amada madre!

GUISCARD (*volviéndose lentamente*).

¿Qué le sucede?

HELENA (*titubeante*) Parece que...

GUISCARD.

¡Llévala a la tienda!

(*Helena saca a la Duquesa*)

EL ANCIANO. Y como eres partidario de pocas palabras:

¡Sácanos de este valle de lágrimas!

¡Oh salvador en la necesidad, que a tantos

has auxiliado, no le niegues a tu ejército

el único paliativo que puede darle salvación,

no nos niegues la atmósfera de Italia,

condúcenos de regreso, de regreso a la patria!

